

10: Pilar Humano - Gunsoul

- [10: Pilar Humano - Gunsoul](#)

10: Pilar Humano - Gunsoul

Yuan pasó horas cultivando su qi.

Había visto cultivadores sanar heridas graves en cuestión de horas, y la razón de ello le quedó clara con la práctica. El qi alimentaba el cuerpo, uniendo las partes fracturadas, calmando los moretones y reforzando la carne. Su muñeca y talón sanaron rápidamente.

Además, los tentáculos de su núcleo comenzaron a extenderse hacia su columna vertebral. Alimentarse de las energías de las Tierras del Trueno le permitía a Yuan fomentar su crecimiento decuplicado. Una vez cubrieran toda su estructura ósea, debería ser capaz de usar el Puño de Recoil sin sufrir retroceso, y alimentar la técnica de Infusión Elemental.

¿Cuánto tiempo llevaría ese proceso? ¿Días? ¿Semanas? Yuan sentía que una hora de ciclismo en las Tierras del Trueno valía por cien en la naturaleza salvaje, pero no tenía idea de cuánto tarda un Gunsoul en alcanzar la Segunda Roda.

Un leve golpe lo sacó de su meditación.

El tren espiritual estaba desacelerando.

Yuan miró por la ventana para observar el camino por delante. En la distancia, apareció una estructura: una antigua ruina de dos pisos, hecha de ladrillos y acero oxidado que se elevaba desde la arena como una criatura muerta emergiendo de un cadáver. Una plataforma de piedra antigua descansaba sobre el rastro fantasma sobre el cual avanzaba el tren espiritual.

¿Era este lugar de gran importancia para el tren espiritual? ¿Algún tipo de zona de alimentación? Al menos, la manada de espíritus que viajaba cerca no reducían la velocidad al acercarse.

Yuan se acomodó en su asiento mientras el tren espiritual parecía deslizarse lentamente sobre la plataforma. Emitió un silbido, soltó una nube de humo coloreado por la chimenea y finalmente se detuvo.

Sin ganas de bajar por miedo a que la criatura volviera a despertar, Yuan salió primero de su carruaje para escalar de nuevo al techo. El cuerpo decapitado de Toshiro seguía allí, yaciendo en un charco de sangre. Curioso cómo los oni sangran rojo como cualquier otro.

El velo de las Tierras del Trueno impediría que el canto de la Muerte llamara al espíritu del oni, pero dejar el cuerpo en el lugar podría hacer que un muertito de cien pies lo poseyera. Una perspectiva peligrosa, considerando que Toshiro solía ser un Segundo Roda. Yuan decidió actuar con cautela y alimentar los restos del oni al horno del tren espiritual tras revisar el cuerpo en busca de objetos de valor.

Lamentablemente, Toshiro no llevaba nada útil. Ni municiones, ni moneda, ni nada en absoluto. Su carne tampoco le proporcionó nada a Yuan: únicamente, el motor del tren quemó su cuerpo sin que lograra arrancar de nuevo.

Esto decepcionó mucho a Yuan. Sentía ganas de domesticar el tren espiritual tras verlo en acción, pero no sabía cómo conseguirlo. Ni siquiera sabía si se alimentaba de gasolina o de algo diferente. Con la máquina sin movimiento y sin nada más que perder, Yuan bajó del coche principal y se acercó a la plataforma.

La estructura antigua le quedó delante, alta y silenciosa. Sus ventanas rotas estaban sin cristales, y las puertas habían perdido sus bisagras desde hacía tiempo. Una señal de metal, escrita en un idioma que Yuan no comprendía, colgaba del fachada polvorienta. Aunque parecía ya saqueada, tal vez encontraba algunas provisiones útiles en su interior.

Yuan dio unos pasos hacia la entrada cuando su espalda se enderezó en alarma.

“Muéstrate.” Cuando no respondió nadie a su demanda, Yuan sacó su revólver. “¡Muéstrate o te cortaré!”

Un silencio terrible se instauró en el enigmático edificio, roto solo por el sonido de truenos lejanos. Yuan estaba a punto de comenzar a disparar cuando una figura robusta finalmente emergió de las sombras de la entrada. Un anciano, aparentemente de unos sesenta años, caminaba con las manos en alto.

“Tranquilo, amigo,” dijo con una sonrisa torcida que no alcanzaba a sus ojos cansados. Su barba gris recordaba a una melena salvaje y tatuajes de lobos, pintados con tinta, cubrían sus brazos sin mangas. Su ropa sucia exhibía extrañas insignias de la Edad Perdida. “Tranquilo. No vine a pelear.”

No parecía armado, pero Yuan mantuvo su revólver apuntando a su cabeza de todos modos.

“Todos ustedes,” insistió Yuan. “Díganle a su camarada que salga o morirán.”

“Veo que no eres de confiar mucho,” comentó el anciano, rodando los ojos y mirando por encima del hombro. “¿Gru? Muéstrate.”

Otro hombre salió del edificio con una escopeta en la mano. A diferencia de su compañero, este era un coloso calvo que superaba en altura a Yuan. Una armadura de cerámica gastada, con parches, protegía la mayor parte de su cuerpo, mientras un cinturón con cartuchos le atravesaba el pecho. Sus ojos fríos evaluaron a Yuan con una expresión severa, y su dedo se tensó sobre el gatillo de su arma.

No parecían cultivadores y Yuan no percibía otra presencia, pero sabía que era mejor no bajar la guardia.

“Soy Maurice, y a este grandulón le llaman Gru,” dijo el anciano con una sonrisa amistosa. Apuntó hacia el tren espiritual. “¿No serás tú el conductor de esa máquina, verdad?”

“Quizá,” respondió Yuan con cautela. Cuanta menos información entregara, mejor. “¿Por qué?”

“Porque hemos estado refugiados en este lugar durante días y necesitamos un transporte,” explicó Maurice con un suspiro. “Solíamos pertenecer a una caravana, pero fue destruida.”

“No te creo,” replicó Yuan. “Los comerciantes sensatos no viajan por las Tierras de Trueno.”

Gru gruñó, imponente. “Lo harían si se toparan con ese maldito pistolero.”

“Muy bien dicho,” asentó Maurice. “Si quieres la historia completa, oh misterioso forastero, un cultivador con rostro de calavera nos persiguió por los desiertos. Nunca había visto a alguien hacer explotar camiones con una bala antes.”

“¿Un pistolero?” Yuan frunció el ceño, teniendo una idea clara de a quiénes se referían.

“¿Revolver?”

Maurice levantó una ceja. “¿Has conocido a ese tipo?”

“Vi su cartel,” respondió Yuan de manera evasiva. Se preguntaba por qué Revolver atacaría a ese grupo. Dudaba que alguien dispuesto a dejar que un antiguo Chatarra les diera un traslado gratuito a través del páramo tuviera la intención de robar una caravana comercial sin una buena razón, así que se mantuvo en alerta ante estos dos.

“Agradece no haberle visto en carne y hueso. Ese tipejo eliminó a la mitad de nuestra escolta antes de que pudiéramos despistarle por las Tierras de Trueno,” agitó la cabeza Maurice. “Un error costoso, esa fue. Del fuego, al horno.”

“La rad-hada local envió oni matones tras nosotros,” dijo Gru. “Romieron nuestro vehículo.”

“Yo también he enfrentado algunos oni,” confesó Yuan. Aunque no confiaba en estos tipos, decidió darles una oportunidad. Cualquier razón por la que Revolver los atacara no era asunto suyo, y necesitaba toda la ayuda posible para sobrevivir en las Tierras de Trueno. “No conduzco el tren espiritual. Él se conduce solo. No sé por qué se detuvo aquí.”

“¿En serio?” Maurice no escondió su decepción. “Eso apesta.”

“Pero sé arreglármelas con los autos,” afirmó Yuan. “Quizá pueda repararlo.”

“Dudo que puedas, pero quién sabe,” comentó Maurice, mirando el revólver de Yuan. “¿Puedo...”

Yuan asintió y permitió que Maurice bajara las manos. El anciano lo invitó rápidamente a la parte trasera del edificio, donde descansaba un viejo sedán a la sombra. Gru mantenía su escopeta lista para disparar en cualquier momento.

Desde el primer momento, Yuan supo que el coche jamás volvería a conducir al verlo. La carrocería mostraba marcas de garras y la puerta delantera derecha estaba doblada hacia adentro. Sin embargo, revisó el motor rápidamente; estaba en mejor estado que el resto del vehículo, aunque

eso no significaba mucho.

“La batería y el alternador están muertos,” dijo Yuan. “Echar más gasolina no servirá de nada.”

—Lo imaginaba—respondió Maurice con un gruñido—. ¿Hay alguna manera de reparar esa gran máquina de metal en la que viajaste?

—No tengo idea—dudó Yuan, que ni siquiera creía que el tren les permitiera quitarle piezas, si llegaran a caber—. Será mejor que busquemos un carro espiritual.

Maurice cruzó los brazos, frunciendo el ceño en una expresión pensativa. —¿Qué haces por aquí, amigo?

—Trazando un atajo hacia Fleshmarket.

—Curioso, también teníamos la intención de detenernos allí—le ofreció la palma—. ¿Qué te parece si nos unimos? Cuidamos el uno del otro hasta escapar de este maldito lugar y volver a la civilización.

—De acuerdo—respondió Yuan tras estrechar la mano del hombre—. En los desolados territorios, esas alianzas no son raras. La compañía brinda seguridad, y no tienen nada que ganar robándose entre sí. Soy Yuan.

—Encantado de conocerte—sonrió Maurice con gran entusiasmo—. Los chatarra como nosotros debemos apoyarnos entre sí.

¿Chatarra? Ah, claro. Pocas personas cultivadas se molestaban en portar armas para defenderse.

Un golpe resonó desde el maletero del carro.

El sonido fue tan sutil, tan pequeño, que Yuan pensó que había malentendido al principio. Gru le disipó esa idea al golpear la tapa con la parte trasera de la mano. Sin embargo, el sonido volvió a repetirse.

—Creo que ella necesita orinar—le dijo Gru a Maurice.

—Ella—El sustantivo le hizo estremecerse a Yuan.

—¿Otra vez?—se quejó Maurice—. La dejamos salir ayer.

Yuan contuvo toda su voluntad para no mostrar su rechazo. De pronto, comprendió por qué Revolver había ido tras la caravana de esos dos.

—¿Qué es eso?—preguntó Yuan, intentando sonar lo más neutral posible.

—Supongo que deberías verlo—respondió Maurice encogiéndose de hombros, mientras se movían hacia la parte trasera del coche—. Nuestro paquete.

Maurice abrió el maletero, y Yuan pronto se encontró mirando a los ojos de un par de azules llenos de temor.

Una pequeña niña, no mayor de diez años, estaba amordazada y atada dentro del maletero. Era tan pálida y enfermiza que Yuan fácilmente habría podido confundirla con un cadáver, si no fuera por su respiración suave. Su ropa andrajosa no le asentaba al cuerpo delgado, y su pelo rojo y enmarañado estaba ennegrecido por la suciedad. Un collar explosivo de esclavo apretaba su cuello en un estrangulamiento mecánico.

Algo en ella perturbaba a Yuan más allá de su estado actual. La energía vital de la niña parecía artificial, como una nube de oscuridad y miasma verde.

—Qué niña más bonita, ¿verdad?—rió Maurice, pellizcando su mejilla—. Ella se ve saludable.

—Ella...—Yuan luchó por encontrar la palabra adecuada—. Se siente...—hizo una pausa, con dificultad—. Rara.

—Me sorprendió que pudieras percibirlo—dijo Maurice con desdén—. Es una Hitobashira.

Yuan había oído hablar de ellas. Esos pilares humanos eran sacrificios preparados con especial cuidado. Podían usarse para fortalecer el flujo de qi en un territorio, potenciar rituales de feng shui, suprimir espíritus malignos o pagar a entidades sobrenaturales. Sectas amorales y brujos pagaban sumas elevadas por ellas.

Eso explicaba por qué los sirvientes de la rad-hag también atacaron la caravana. El espíritu loco buscaba consumir a esa niña para obtener poder o asegurarse de que nadie la usara para purgar las Tierras del Trueno.

Maurice confundió su expresión pensativa con codicia. —No te hagas ilusiones—advirtió Yuan—. El comprador solo nos obedecerá a nosotros. No pienses que podrás matarnos y venderla de regreso.

“La idea nunca se me ocurrió,” respondió Yuan. Ni siquiera era una mentira. La idea de transportar carga humana le repugnaba. “¿Quién la compró, en realidad?”

“Un anciano de una secta de Furyland en el noroeste,” Maurice se encogió de hombros. “No sé qué harán con ella. Tal vez la mantengan cerca para espantar espíritus. Yo no soy cultivador.”

Yuan apretó la mandíbula cuando la joven lo miró con una expresión llena de miedo. Lo más sabio era mirar hacia otro lado. Todos estaban atrapados en medio del desierto, con pocas esperanzas de ser rescatados. Viajar en grupo, aunque fuera repulsivo, era mejor que luchar solo.

Y, sin embargo, al verla así...

Ella no era su problema, Yuan intentó convencerse. Ella no es su problema, no es su problema...

“Pero entre nosotros...” Maurice soltó una risa sombría. “He oído que quien la compró es un degenerado pervertido de mucho cuidado.”

Y ahora, lo has hecho.

Yuan tomó una decisión. La mujer indefensa que solía ser habría preferido la pragmática a lo que era correcto. Nacer débil significaba comer tierra para vivir lo suficiente como para ver la siguiente aurora.

Pero él ahora era un Gunsoul. Un cultivador. Era fuerte.

Ya no tenía que hacer concesiones.

Yuan calculó rápidamente sus probabilidades y su momento. Atacar más tarde significaba que podía mantener a estos dos como ayudantes y escudos humanos; pero conociendo a los traficantes, su alianza solo duraría hasta que abandonaran las Tierras del Trueno. Hacerlo ahora significaba que no lo esperarían y que podía tomarles sus provisiones.

“¿Venden cosas?” preguntó Yuan a Maurice después de cerrar el maletero. “¿O hacen descuentos?”

“¿De qué tipo?”

Yuan sacó su pistola en un parpadeo y se lanzó a un lado, colocándose de modo que Maurice quedara entre él y Gru. Este último levantó inmediatamente su escopeta, pero fue demasiado tarde.

Yuan le disparó a Maurice antes de que pudiera reaccionar.

La bala cargada de qi atravesó su pecho y siguió su camino por su espalda. Pulverizó el cráneo de Gru en una lluvia de sangre, huesos y cerebros. Ambos hombres cayeron al suelo, sus vidas extinguidas en un instante.

“Tipo balístico,” dijo Yuan, guardando su arma. “Ustedes no valían ni dos balas.”

¿Qué dijo Revolver? Ah, sí.

A veces, había que eliminar la basura.